

EN EL VAGÓN



ENIGMA EDITORES

*La escritura es un enigma
que crama el salvaje misterio*

Jesica
Sabrina
Canto

Índice de contenido

En el vagón

1. Lo que fui
2. Cierro los ojos y su voz me susurra
3. De lo que no me percaté
4. Espejo
5. Tristeza
6. El cuadro de La Mona Lisa
7. Una historia de fantasmas
8. Despecho
9. Temor a olvidar
10. Vibraciones
11. En un parpadeo
12. Adicciones
13. El plan secreto de mamá
14. Elecciones
15. Recuerdo aquel primer beso
16. Venganza
17. Astrofobia
18. Un personaje literario en la vida real
19. Alzheimer
20. Prohibido autocondolecerse
21. Arrepentimiento
22. Una historia de desamor
23. Lo que no me explicó
24. Distracción
25. Dependencia tecnológica
26. El mundo al revés
27. Ir hacia delante
28. La última hora
29. Mi hermana se cayó de un árbol
30. Empatía
31. Cansancio
32. El mayor amor de un hombre
33. Impuntualidad
34. Estancamiento
35. Un mundo dentro de un libro
36. Bonsái
37. Romper la monotonía
38. El amor de un niño
39. Caballo de Troya
40. El fantasma en el sótano
41. Inmigrante

- [42. Temor](#)
- [43. Viaje en el tiempo](#)
- [44. Abandono](#)
- [45. Visita a la prisión](#)
- [46. Regalos heredados](#)
- [47. Extenuación](#)
- [48. Otras realidades](#)
- [49. Aceptación](#)
- [50. Desigualdad](#)
- [51. Todos los caminos llevan a Roma](#)
- [52. Vivir en la ciudad](#)
- [53. Esfuerzo no valorado](#)
- [54. Encapricharse](#)
- [55. Una manía sólo mía](#)
- [56. Presenciando una guerra](#)
- [57. Algo anda mal](#)
- [58. Renuncia](#)
- [59. Un compañero de vida](#)
- [60. Lo olvidé por completo](#)
- [61. Mirar desde otro ángulo](#)
- [62. La noticia de su muerte](#)
- [63. Un disfraz](#)
- [64. Una ciudad mágica y única](#)
- [65. Rescatista](#)
- [66. Una historia bajo el mar](#)
- [67. Segunda oportunidad](#)
- [68. Una limosna para tres](#)
- [69. Reescritura del final de un clásico](#)
- [70. El malo de la historia](#)
- [71. Fuera de lugar](#)
- [72. El paso del tiempo](#)
- [73. Durante el asesinato de Kennedy](#)
- [74. Los siete pecados capitales](#)
- [75. Terror en tres actos](#)
- [76. Binomio fantástico](#)
- [77. Algo importante que decir](#)
- [78. Sueños rotos](#)
- [79. Obligada a huir](#)
- [80. Extranjera de clase](#)
- [81. Urbanidad vs. Naturaleza](#)
- [82. Cambio de opinión](#)
- [83. Cobardía](#)
- [84. Elección de vida](#)
- [85. No es fácil ser superhéroe](#)
- [86. Pedir perdón](#)
- [87. Un hombre enamorado](#)

- [88. El significado de la vida](#)
- [89. Ser valiente](#)
- [90. Más allá del final](#)
- [91. Renegar del presente](#)
- [92. La gente se va](#)
- [93. Cruel realidad](#)
- [94. Alguien deja de dar los buenos días](#)
- [95. Resignación](#)
- [96. Sobrevivir](#)
- [97. Un final feliz](#)
- [98. Siempre apurados](#)
- [99. Cosas que importan más que otras](#)

[Sobre la autora](#)

[Otros libros de la autora](#)

[El cazador de piratas, la travesía de Elena](#)

[La chica de los libros](#)

[Entraña del adiós](#)

[Datos de contacto](#)

EN EL VAGÓN

Jesica Sabrina Canto



ENIGMA EDITORES

*La escritura es un enigma
que aroma el salvaje misterio.*

En el vagón / Jesica Sabrina Canto. - 1a ed . - CABA: Enigma Editores, 2019.

ISBN 978-987-4939-41-8

1. Microrrelatos. I. Título. CDD A863

Contacto con la autora:

jescasabrinacanto@gmail.com

Edición y maquetación: Jesica Sabrina Canto

Diseño de portada: Alessandra Ferrazzano Pescara

Editorial: Enigma Editores

www.enigmaeditores.com.ar

enigmaeditores@yahoo.com.ar

gracielaliciardi@enigmaeditores.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723. Reservados todos los derechos. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento sin permiso de la autora.

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.

Augusto Monterroso, 1959

1. Lo que fui

Ya estoy a salvo de la tormenta, pero tengo toda la ropa mojada. Busco el pañuelo en el bolsillo, para secarme el rostro, encuentro allí el autito de juguete rojo, con ojos grandes y una sonrisa sobre el guardabarros. Nietos. Las paradas pasan, aún no hay lugar para sentarme. Veo enfrente dos chicas jóvenes. Se besan sin vergüenza. La morocha sube su mano por debajo de la falda de la rubia. Pronto el vagón llega a una de las estaciones con varias combinaciones y la gente baja en tropel. Me acerco a las chicas, voy decirles que se comporten con recato. Me acerco y veo sus rostros. Somos Elvira y yo, en el patio del recreo.

2. Cierro los ojos y su voz me susurra

Miro la oscuridad a través de la ventana. Veo mi borroso reflejo en medio de la gente amontonada, haciendo equilibrio. Los chirridos que vienen de afuera y el bullicio de adentro me ahogan. Se me acelera el pulso, comienza a faltarme el aire, voy a morirme, siento que voy a morirme. Me desespero. El vagón está vacío y mi abuela me habla con ternura.

3. De lo que no me percaté

Me siento y me pongo a leer. Paso las páginas, absorbo en la historia. Llego a destino, pongo el señalador en la hoja cuarenta. Subo por la escalera mecánica, paso el molinete, más escaleras y salgo a la calle. Cruzo y entro al bar de la esquina. Me siento junto a la ventana y abro el libro. El señalador marca la página cuatrocientos sesenta y cinco.

4. Espejo

Estoy jugando con el celular, una nena despeinada me extiende su mano sucia y me da una estampita. Frente a mí, está sentada una mujer, que juega con el celular, enfundada en un piloto negro con grandes anillos en los dedos de uñas largas y pintadas de carmín. La nena parada delante de mí, me extiende la mano sucia y la mujer sentada enfrente se la estrecha.

5. Tristeza

El celular suena y vibra en el bolsillo de mi pantalón. Lo atiendo y camino por dentro del vagón, pasando al siguiente hasta que me encuentro con una puerta cerrada. Sigo con el celular pegado a la oreja. Dejé de escuchar cuando mi marido dijo: “está muerta”.

6. El cuadro de *La Mona Lisa*

Veo las fotos de él en el celular: él con su nueva esposa, con el vientre abultado, vestida de blanco. Él está calvo, ella es fea, joven y fea. La batería se acaba y miro a mi vecina de asiento, es una chica joven con anteojos que lee un libro de arte. Pinturas clásicas, incomprendidas, búsqueda absurda de encasillar. Mi rostro es una tabula rasa.

7. Una historia de fantasmas

La gente sube y baja en cada estación. Yo sigo meciendo a mi primer hijo en el cochecito. Parada en el extremo del primer vagón, donde al otro lado está el maquinista, veo a las personas apuradas que se empujan e insultan. A las que viajan comiendo, al mediodía, y los estudiantes que vuelven de la facultad, por la noche. Para mí el tiempo no pasa, es eterno.

8. Despecho

Estoy abrigada a más no poder: guantes, bufanda, gorro, orejeras, polainas. Más tarde tengo que ir a una boda en la Parroquia Nuestra Señora de Guadalupe, en Palermo. Me queda lejos, pero estoy entusiasmada. Ya tengo, guardado en la cartera, el revólver.

9. Temor a olvidar

Me saluda y desciende al andén. Me quedo mirando ese punto, en el que ya no está. Transcurren minutos hasta que mi cuerpo reacciona. Paso entre la gente, moviéndome con rapidez, dando empujones, en medio de la muchedumbre. La busco. Desesperado. El viaje, el nuevo empleo, pronto nuestras vidas cambiarán. Ella dejará de ser ella. Yo la olvidaré.

10. Vibraciones

Estoy leyendo los apuntes de la facultad, con el ruido del traqueteo del vagón repercutiendo en mi cuerpo. Una música desconocida me interrumpe. Dos hombres de piel oscura tocan instrumentos de percusión. No puedo dejar de mirar, de retener cada nota. Olvido el estudio y los ruidos de afuera. Yo nací sorda.

11. En un parpadeo

Viajo parada, agarrada del barral sobre mi cabeza, apretada por los cuatro lados. El olor humano, las puteadas, la densidad del aire, todo es sofocante. El tren arranca y entra a depósito minutos más tarde.

12. Adicciones

Es temprano por la mañana y la calle está desierta, como todos los domingos. Camino hacia el subte sin prestar atención a los semáforos. Tengo un auto guardado en el garaje hace tres años, no lo uso por temor a atropellar a alguien. En el andén hay poca gente. Algo brilla en las vías, me acercó y caigo sobre los rieles. Escucho el eco del traqueteo, quiero pedir ayuda, pero me patinan las letras. He olvidado cómo empieza el abecedario.

13. El plan secreto de mamá

Estamos volviendo a casa. La invitación a la cena fue repentina, pero salió de maravilla. Hacía mucho tiempo que no nos reíamos tanto estando todos juntos. El tren llega a la estación terminal, bajo al andén y me suena el teléfono. “Se tiró desde la terraza”, me dice el vecino.

14. Elecciones

Subo cargada con bolsas de consorcio que contienen los regalos de Navidad que acabo de comprar. Tuve que esperar a último momento, porque mi hijo se empeñó en revisar toda la casa buscando rastros de mi convenio con Papá Noel. No deja de preguntar por los copos blancos de las películas y busca destinos nevados de viaje en internet. Con el cuerpo recostado sobre el barral vertical del vagón, la cabeza se me ladea hacia abajo. Me tocan el hombro y me ofrecen un asiento. Veo los copos de nieve caer por la ventana de la habitación, de la facultad de Estados Unidos que me aceptó en el programa de intercambio.

15. Recuerdo aquel primer beso

Me dan el asiento cuando ven mis arrugas. Cargo con un ramo de rosas, rojas, que él siempre me obsequia. Mis labios aún están cálidos por su tacto, su colonia impregna mi ropa. Ya van sesenta años de estas visitas semanales. De las horas de hablarle y admirar su sonrisa. Una vez más, estoy volviendo del cementerio.

16. Venganza

Ya van dos meses desde que se fue a la otra punta del planeta, por trabajo. Hace tres semanas de su última llamada y mis mensajes no los vio. Estoy yendo a su casa, a ponerle comida al gato. Reviso su perfil de Facebook cada cinco minutos. De pronto lo etiquetan en una foto, besando a una rubia de pechos prominentes. El tren frena en la estación, bajo al andén y tiro las llaves en un cesto de basura. Espero el siguiente en dirección opuesta.

17. Astrofobia

Veinte minutos en la oscuridad. Por los parlantes dicen que algo se rompió, que nos van a venir a buscar y que vamos a tener que caminar por los rieles. Ya es de noche. Yo no pienso moverme.

18. Un personaje literario en la vida real

Abro la bolsa de la librería y saco el libro. Huele a nuevo. Me sumerjo enseguida en los cuentos de Borges. “Por qué no dejan sentar a los mayores”, dice un hombre parado frente a mí. Le doy el asiento sin guardar el libro. Me quedo mirándolo, es Herbert Ashe.

19. Alzheimer

Estoy con mi amiga. Nos encontramos por casualidad. La reconocí al escuchar su voz y cuando el tren se vació lo suficiente, pude verla sentada enfrente. A su lado había lugar, así que me cambié de asiento. Me saluda y me cuenta que su papá se volvió a casar. Somos amigas desde el jardín. Pasan cinco minutos, no sé quién es la persona que me habla.

20. Prohibido autocompadecerse

Viajo en la hora pico. Muchos me insultan al empujar para entrar. Yo también vuelvo de trabajar, yo también estoy cansada. No lo digo, sólo pido disculpas y me abro paso adentro del vagón. No voy a mi casa. Pasaré, otra vez, toda la noche en el hospital.

21. Arrepentimiento

Estoy parada en el borde del andén, esperando el tren a mitad de la noche. Todo es calmo a mí alrededor, incluso un guitarrista toca una melodía clásica. Su pregunta sigue rondando en mi cabeza. Recuerdo que le respondí que no. Escucho el tren acercarse, lo veo venir y doy un paso adelante.

22. Una historia de desamor

Salgo al andén y lo veo, acurrucado debajo de un banco, con el pelo blanco sucio, con esos ojitos tristes del abandono, con un collar verde, sin chapita. Me agacho junto al banco y hago algunos sonidos para que se acerque. Me mira temeroso. Suena la bocina del tren y él sale corriendo. Las puertas automáticas del vagón se cierran y ya no lo vuelvo a ver.

23. Lo que no me explicó

Sigo las instrucciones de mi prima. Camino siguiendo el mapita improvisado en una hoja de cuaderno. Bajo a la estación de subte, hay poca gente. Casi nadie. Veo a un muchacho joven pasar por unas barras de metal que giran, me acerco e intento empujarlas, pero no se mueven. Miro a mi alrededor, no hay a quien preguntar. Esta puerta es de lo más extraña, no hay nada así en el campo.

24. Distracción

Es temprano por la mañana. Aún el andén está desolado. Cargo con una maqueta que me llevó quince días realizar. Y la terminé hace dos horas. En lugar de dormir, elegí bañarme, tomar la enésima taza de café y salir cuando todavía la mayoría de la ciudad dormía. Ya sólo falta una estación, la maqueta viaja en el asiento a mi lado. Bajo del vagón y me suena el teléfono, lo saco del bolsillo de mi pantalón y la maqueta se cae al piso como una tostada, con el queso hacia abajo.

25. Dependencia tecnológica

Llevo la mochila llena de catálogos y mapas en castellano, que traje desde Buenos Aires, ya sabía que acá todo iba a estar en inglés. Estoy viajando parada, el subte es igual en todos lados, en todos lados se viaja como ganado. Y a los turistas nos ponen en evidencia los catálogos y mapas en papel. Me irritan, quiero mi teléfono ¿por qué el Internet es tan caro fuera del país?

26. El mundo al revés

El aire acondicionado del vagón tira frío en este verano acuciante. Huele a flores, lo que transmite calma. Todos a mí alrededor parecen felices de estar allí, como si fuera un oasis. A mí, estar bajo tierra, me repugna.

27. Ir hacia delante

El tren vuelve a arrancar e ingresa en el túnel de oscuridad. Ya olvidé cuál estación dejé atrás. La incertidumbre me inquieta, siento que tiemblo. Me quiero bajar en la próxima estación. Las puertas metálicas se abren y yo sigo allí, sentada, cuando vuelven a cerrarse.

28. La última hora

Me asomo por la puerta para ver si todos los pasajeros ya subieron. Es una noche tranquila de feriado. El día se acaba y sólo me queda el último recorrido. Aunque me apure, el reloj no avanza más rápido.

29. Mi hermana se cayó de un árbol

Me ofrecen el asiento y lo rechazo. Prefiero estar parada. Estuve toda la tarde sentada en una silla. Leyendo, contando anécdotas divertidas, viendo dormir y ayudando a comer. Cada tanto recuerdo por qué elegí este trabajo. Y me doy cuenta que no lo elegí en realidad, simplemente lo aprendí a hacer, desde los diez años.

30. Empatía

Veo espantada caer el agua en catarata. Algunas personas se apuran por salir, otros preferimos aguardar con sólo los pies mojados. Un fogonazo se ve a lo lejos dentro del túnel. Veo las imágenes de la inundación por la tele. Menos mal que hoy no tuve que salir.

31. Cansancio

Viajo parada, sosteniéndome de la agarradera, mirando por fuerza hacia afuera, a la pared de cemento que no muta, aunque el tren avance. De pronto la veo al otro lado de la ventana, inmóvil, permanece, aunque el vagón se mueve. Está pálida, el pelo lacio oscuro le cae al costado del rostro, los ojos están hundidos en las cuencas. Me mira fijo. Se parece a mí.

32. El mayor amor de un hombre

Van treinta semanas de espera, vuelvo del trabajo mirando tu foto en el teléfono. Faltar otras seis semanas para conocerte. Veinte desde que te vi a través de la pantalla por primera vez. Nunca pensé que se podía amar así.

33. Impuntualidad

Bajo corriendo las escaleras mecánicas al escuchar la alarma del cierre de puertas y logro traspasarlas. El subte está vacío aún a esa hora, nunca lo había visto así. Camino por dentro de los vagones en movimiento, pensando en qué fue lo que me hizo retrasar el sábado, por qué no tenía prisa en respetar la hora de visita del hospital. Aun siento la amargura en la garganta del “si hubiera llegado a tiempo te hubiera podido decir, te quiero abuela, una última vez”.

34. Estancamiento

Cuando el vagón se vacía lo suficiente para que pueda sentarme, me acomodo y saco el libro. Me lo regaló mi marido en nuestro primer aniversario, hace veinte años, y desde entonces lo llevo en la cartera. Lo abro en la página del prólogo y leo el primer párrafo. “Estación terminal, por favor descender”, se escucha por los parlantes.

35. Un mundo dentro de un libro

Tras paso las puertas metálicas del vagón y busco el libro en la cartera. Leo parada, en equilibrio, sujeta solo con una mano. Paso la página y los sonidos de traqueteos se convierten en el canto de pájaros, las palabras de los vendedores ambulantes en la risa de dos niñas que corren por el campo. Yo las miro saltar y perseguirse. A mi lado el abuelo, de pelo y barba blanca, también las observa fumando en su pipa.

36. Bonsái

Viajo sentada, inspeccionando el arbusto sobre mis piernas. Fue un regalo, de una persona especial. Una mujer mayor, que fue alumna en un curso de computación que di en el centro cultural. Conversábamos luego de las clases y terminó siendo un ritual tomar un té en su casa, cada domingo por la tarde. Fue un gran apoyo tras la muerte de mi madre y los problemas laborales. Hace diez años desde que visité su casa por primera vez y hoy, fue la última. La vendió y se va a vivir a España con su hijo. A pesar de la tecnología, el WhatsApp y la video-llamada, la distancia me duele. La planta que reposa sobre mis piernas fue su obsequio de despedida, con el encargo de cuidarla con paciencia.

37. Romper la monotonía

Estoy volviendo de la oficina. Por el parlante se anuncia la próxima estación. Está lleno de gente cansada, con rostros abatidos. Por el parlante se escucha una conversación telefónica de la maquinista, contando que se peleó con su novio. Los pasajeros sonreímos, intentando contener la risa.

38. El amor de un niño

Estoy parada al borde del andén, esperando ver el tren acercarse para saltar a las vías, para que nadie intente rescatarme. Escucho el ruido del traqueteo, veo las luces dentro del túnel. Voy a arrojarme. “¡Tía!”, oigo gritar, me giro para mirar a mi sobrino que corre en mi dirección. Cuando vuelvo la vista, el tren abre sus puertas frente a mí. Y su pequeña mano aferra la mía.

39. Caballo de Troya

Vuelvo a casa a primera hora. Viajo en el vagón desierto, con las piernas dobladas como los indios sobre el asiento. El tren se frena en una de las estaciones y sube una mujer mayor vestida con harapos, arrastrando un carrito de bebé destartado, rebosante de bolsas de consorcio. Pasa delante de mí sin mirarme y cruza la puerta hacia el siguiente vagón. Yo recuesto la cabeza contra la ventana y miro el techo de metal. Anoche iba a ser especial, fui a una improvisada fiesta en la casa de Alejandro con los compañeros de la oficina. Era la ocasión ideal para que pasara algo más que mensajes de texto. Para apoyo moral invite a mi hermana, tomamos mucho y me dormí en el living. Al despertar buscaba el baño, cuando los vi desnudos entre las sábanas.

40. El fantasma en el sótano

Miro las fotos que acabo de tomar de la propiedad. Es antigua, pero la podemos remodelar. Y está dentro de un precio que podemos pagar, muy barato para tantos metros cuadrados.

41. Inmigrante

Bajo por las escaleras mecánicas, voy distinguiendo los cuerpos que se mueven en tropel, en ambas direcciones. Una nena de rizos rubios llora parada contra un anuncio de cigarrillos, aferrando una muñeca de trapo. La gente pasa sin verla. Me acerco hasta el lugar intentando no chocar con nadie. Parada frente al anuncio miro hacia los lados. Resignada dejo caer la cabeza y encuentro la muñeca de trapo. Juego con mis rulos rubios, herencia de mi abuela.

42. Temor

Camino por el andén mirando hacia todos lados, constantemente. Con el teléfono aferrado en mi mano temblorosa. En el mensaje me dice que le gusta mi falda a rombos. Desde hace seis días que sabe que tengo puesto y donde estoy en todo momento. En la comisaría no me tranquilizaron para nada. Ando paranoica todo el tiempo, incluso estando en casa. Cada vez que salgo a la calle busco desesperada un rostro que no conozco.

43. Viaje en el tiempo

Subo distraída, mirando el teléfono. Las puertas metálicas se cierran tras de mí y el tren comienza a moverse. Algo en el sonido me llama la atención y levanto la vista. Todo es de madera.

44. Abandono

El tren se detiene en la estación. Una pareja joven sube, ella está embarazada a punto de parir y lleva una bolsa y vasos de Mc Donal's en las manos. Se gritan, pero no se entiende que es lo que dicen. Él se baja y ella lo sigue, se sientan en un banco y ella apoya la comida. Todos los pasajeros miramos por la ventana. Él se para y camina, ella se para y le grita que vuelva, suena la alarma del cierre de puerta, él entra en un vagón más distante. El tren reanuda su marcha y ella corre por el andén sosteniéndose la panza.

45. Visita a la prisión

Estoy sentada aferrando la cartera delante de mí, cuando se anuncia que llegamos a la estación terminal. Escucho, pero no comprendo las palabras. Veo la gente bajar, pero no me muevo. El sonido de pisadas se convierte en silencio. Alguien golpea el vidrio de la ventana a mi espalda. Está vestido de uniforme. Me habla, pero no lo entiendo. Solo comprendo lo largo que serán los próximos diez años.

46. Regalos heredados

Son las cuatro de la tarde del veinticinco de diciembre. En el andén todo el mundo parece arrastrarse en vez de caminar, zombis con la tripa a reventar, la resaca y la falta de sueño. Dentro del vagón, dos niños duermen recostados en el asiento, con las cabezas chocándose sobre las piernas de mamá, abrazando una muñeca que habla al presionarle la panza y un trencito que funciona a control remoto. Solo una niña está sentada derechita, con la espalda recta, sin que los pies lleguen a tocar aún el suelo, leyendo un ejemplar de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de hojas amarillentas y desgastadas.

47. Extenuación

Me siento al lado de la puerta, sin sacarme la bufanda, gorro y orejeras. Ya es el cuarto día que me quedo trabajando hasta tarde. Este es el último tren que sale desde Tribunales, los ojos se me van cerrando con el ronroneo del traqueteo. “Estación terminal”, anuncia el maquinista por los parlantes y no sé si lo escuché en verdad o fue un sueño. Me pongo de pie, recorro el andén y subo las escaleras. Salgo a la calle, el día está despuntando y estoy a cuatro cuadras de la oficina, por fichar el ingreso.

48. Otras realidades

Decir bizarro es poco, no puedo creer lo que ven mis ojos. No puedo creer que así sea la vida bajo tierra. El sonido es espantoso, me lastima los tímpanos, la mugre está a simple vista, no me quiero sentar, ni sostener de la baranda, ¡alguien me acaba de tocar una nalga! Quiero salir de acá. No voy a volver a dejar que mi chofer se tome el día, ni aunque se le vuelva a morir la madre.

49. Aceptación

“Pedí tres deseos”, me dijeron y lo hice. Pedí, pero no pasó nada. Sigo siendo petiza.

50. Desigualdad

Tengo la cabeza puesta en las miles de cosas que tengo que hacer: comprar los ingredientes para la torta, ir a buscar el disfraz señalado a la tienda de alquiler, preparar la búsqueda del tesoro y el ponerle la cola al burro, la piñata y los globos. Camino por el andén sin leer los carteles, mi cuerpo conoce el camino de las combinaciones, donde doblar en las bifurcaciones, las escaleras a bajar y subir, las rampas a cruzar. No se quienes me rodean, solo son cuerpos transitando, al igual que yo. Bajo los últimos peldaños justo cuando se abren las puertas del vagón a mi derecha. Pero mi cuerpo se queda estático, mi vista que antes solo escaneaba de forma automática, ahora está fija en unos pies descalzos recostados sobre un cartón, unos pies más pequeños que la palma de mi mano.

51. Todos los caminos llevan a Roma

Estoy volviendo a casa después de la facultad, son las diez y media de la noche de un viernes. Mi amiga me manda mensajes, sigue insistiendo en que vaya a la fiesta. No quiero contarle lo que pasó. Si le digo que no quiero verlo, no va a parar hasta que le cuente. Prefiero dejar las cosas así, no volver a cruzarlo es mejor. Camino por el andén. “¿Sofía?”, escucho su voz que me nombra.

52. Vivir en la ciudad

Miro la negrura por la ventana. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir, ahí está el pasto que me llega a las rodillas, el aroma del lago a lo lejos, los perros corriendo a mi lado, mis piernas moviéndose persiguiendo el atardecer. Alguien me toca el brazo y pone dinero en mi lata. “Gracias”, digo y sigo caminando tanteando a la gente con mi bastón, con el tintineo de las monedas como la campana de un becerro.

53. Esfuerzo no valorado

Un muchacho canta a gritos un tema de Charly García bamboleando la cabeza frente a un micrófono de pie. Son las diez y media de la noche y me duele la cabeza. La impresora de la oficina se rompió, la imprenta de la esquina estaba a reventar de gente, y fue el día del diluvio. Solamente durante los veinte minutos que baje a imprimir el informe en lugar de comer. La cabeza me palpita. Me paro frente a la puerta automática esperando llegar al andén, igual que me paré horas antes frente al despacho del gerente. Los acordes de la guitarra desafinan demasiado cerca de mí. “Déjalo ahí, mañana lo leo”, me dijo el gerente. Estampo mi puño contra la cara del músico, antes de salir del vagón.

54. Encapricharse

Me siento y lo saco de la bolsa. Hace tres años que lo estaba buscando. Internet, Amazon, MercadoLibre, incluso por medio de la guía impresa de Páginas Amarillas. Tremenda discusión con mi marido cuando me dijo que aceptara que no lo iba a conseguir. Suena la alarma del cierre de puertas y salgo disparada por el vagón. En mis manos tengo la cartera y nada más.

55. Una manía sólo mía

Viajo parada, en hora pico. Con una mano me sostengo de la barra, la otra está por ahí. Pienso las cosas que tendría que comprar en el supermercado a la vuelta de casa. Bajo del vagón y camino por el andén. Escucho el tema de llamada de mi teléfono, abro la cartera y cuando voy a tomar el aparato veo la cadena que tenía colgada del cuello enroscada en los dedos.

56. Presenciando una guerra

Me tapo la boca al bostezar. Frente a mí, sentados arrodillados sobre el asiento, dos nenes de preescolar tironean de un muñeco de Spiderman. Sonrío porque me generan ternura. El muñeco pierde un brazo y la madre, que antes los ignoraba, se los saca y los sentencia a un castigo.

57. Algo anda mal

Llevo la cartera colgada de un hombro, las tiras de una bolsa de cartón en el dobléz del codo, apretando el bibliorato contra el pecho. El otro brazo aún está amoratado por el golpe, la mano derecha sostiene una taza de café de Starbucks, aún me faltan unos cuantos trámites antes de que termine el día y el café es imprescindible. Éstas pocas horas de sueño son peores que una montaña rusa. Una nena sube al vagón, hablándole a un peluche de Papá Noel. Ayer fue mi cumpleaños, el dieciséis de junio.

58. Renuncia

“¿Milena?”, me dice una chica que entra al vagón. La miro sin reconocerla, tiene puesta una camisa verde, un jean y zapatos con plataforma. “Soy Florencia, tu vecina de Martelli”, agrega al darse cuenta que no sé quién es. Recuerdo a mi amiga de al lado, con la que pasaba todas las tardes desde los cinco años hasta que diez años después, los padres se pelearon con los otros adultos de la cuadra y se mudaron al interior del país. Recuerdo que la había buscado en Facebook cuando surgió esa red social, que le había escrito y que contestó cortante. Recuerdo que no entendía por qué que nuestros padres se pelearan implicaba que ella tomara distancia después de tanta cercanía. “No te conozco”, le contesté y me alejé pasando al vagón siguiente. Sigo sin entender, pero ya no busco respuestas.

59. Un compañero de vida

Viajo sentada, el vagón apenas está habitado. Un hombre de treinta y pocos ingresa por las puertas metálicas, se sienta a mi lado, hace una seña y un perro aparece por la apertura, acurrucándose bajo el asiento. Las estaciones transcurren. El hombre se baja haciendo una seña y el animal sale silencioso de su escondite, caminando tras él.

60. Lo olvidé por completo

El despertador suena a las siete, me baño y desayuno, me abrigo sólo dejando mis ojos expuestos. Camino las catorce cuadras, bajo al subte y viajo con los párpados cerrados. Paso la tarjeta del molinete del hall del edificio donde trabajo, en pleno microcentro. Subo por el ascensor y golpeo la puerta del estudio. Nadie contesta, llamo al teléfono y nadie contesta. Bajo y me acerco al escritorio del encargado que me mira sin hablarme. Creo que está queriendo disimular la risa. Tiene la escarapela en la solapa de la campera.

61. Mirar desde otro ángulo

Paso el molinete y bajo las escaleras automáticas, me siento en un banco y saco mi cuaderno de dibujo mientras espero. Todas las imágenes son iguales, personas inexpresivas que caminan por la calle. Sé que no estoy pudiendo captar esa esencia que se oculta tras los rostros. Juego con el lápiz pasándolo de una mano a otra, escucho el sonido del tren acercándose y el cuaderno se me cae al piso. Me agacho para recogerlo, a la vez levanto la vista hacia las puertas metálicas que se abren. En lugar de levantarme, me acomodo con las piernas cruzadas, manoteo la mochila y empiezo a bocetar como se ve el mundo desde allí.

62. La noticia de su muerte

Camino chocando con la gente, una y otra vez. No puedo concentrarme en recorrer el andén. Estoy fuera de mi cuerpo. Algo se desconectó en mi cerebro. Llevo la carta arrugada en la mano, encerrada en mi puño. Escucho gritos y siento la bala atravesar mi pecho.

63. Un disfraz

Me levanto para cederle el asiento a una mujer embarazada, me quedo parado con mi traje gris y el portafolio en el piso entre las piernas. Me aflojo la corbata. El vestido floreado del que me enamoré una vez, durante el día permanece guardado en el placard.

64. Una ciudad mágica y única

Me siento en un banco en el andén y escribo. Observo y escribo. Había estado veinticinco años recorriendo otros países con mi blog a cuestas. Estoy segura: el subte es igual en todas partes; la gente es, en todas partes, diferente.

65. Rescatista

Llevo la caja de zapatos con la tapa perforada apoyada sobre las piernas. Lo encontré en la calle, llorando en una bolsa de basura negra. La gente va vaciando el vagón mediante avanzan las paradas, y el silencio cada vez se siente más. Levanto apenas la tapa para espiar. No se mueve, lo sacó y lo acaricio, no hay reacción. Son los días malos.

66. Una historia bajo el mar

Son las once de la noche de un domingo. La alarma suena y, aunque soy consciente de que es el último tren, no me apresuro. Avanzo por el andén deshabitado, me paro a contemplar un cartel con el mapa de subterráneos, apoyo la mochila en el piso y me acerco al dibujo de los ramales. Coloco un dedo sobre el punto en el cual me encuentro y por un momento siento que me falta el aire. Separo los labios como dando una bocanada y unas burbujas salen de mi boca.

67. Segunda oportunidad

Llevo cinco bolsas encima, de un supermercado oriental que queda en la otra punta de la Capital. Tres combinaciones de subte suman un total de ochenta minutos, más unas veinte cuadras a pie. El aire acondicionado del vagón no es suficiente para la cantidad de gente, mientras que no se me rompan las bolsas ni me roben nada, pueden empujarme todo lo que quieran. Cuatro horas antes, me quedé petrificada con el teléfono en la mano cuando me preguntó si se podía quedar en mi casa, ya que su amigo había tenido un problema. Hace seis años que vive en España y hacía doce años que mi hijo no me hablaba.

68. Una limosna para tres

Sentada en el vagón escucho la música de un bandoneón, a la vez que una mujer deja un paquete de chicles sobre mis piernas, y un anciano escuálido pasa sosteniendo su bastón blanco y una lata de duraznos en su mano temblorosa.

69. Reescritura del final de un clásico

“¿Y cómo termina?”, pregunta una niña de siete años, arrodillada sobre el asiento, a un hombre mayor que está a su lado con un libro antiguo de lomo gastado. “Espera que sigo leyendo”, le contesta. “No quiero, lo voy a buscar”, dice la nena sacando su teléfono.

70. El malo de la historia

Son las ocho de la mañana, la hora pico. Viajo parado, frente a los asientos, de cara a las ventanas. Estoy curvado, en un ángulo extraño, por el amontonamiento de gente que me empuja desde atrás. El tren entra en una nueva estación, veo la muchedumbre en el andén, escucho los insultos del lado de adentro, cerca de la puerta. Dos mujeres están frente a mí, al otro lado del vidrio, comienzan a gritar, a mí y a los que están a mi alrededor, que nos corramos, que hagamos lugar. Nos señalan con el dedo, nos insultan. “Ya les va a pasar a ustedes que no puedan subir”, amenazan.

71. Fuera de lugar

“Para que pagar un taxi si con el subte estamos enseguida”, dijo mi marido. Una hora después, aún no llegamos. Estamos rodeados de personas vestidas de rojo y blanco, con banderas e incluso con bombos. Y yo con un vestido largo, de raso y encaje.

72. El paso del tiempo

Me tocan el hombro y me preguntan la hora, “las cuatro veintitrés”, respondo. El muchacho se me queda mirando y luego se ríe mientras se aleja. Lo sigo con la mirada, me doy cuenta de que le hace la misma pregunta a un hombre al final del vagón, ambos me miran y se ríen. Bajo en la estación de mi casa rato después, miró la hora, son las cuatro veintitrés.

73. Durante el asesinato de Kennedy

Me siento y abro el diario en la sección de cultura, desde una foto en blanco y negro un hombre joven me mira. “Aniversario de la muerte de Aldous Huxley”, dice el título. Lo cierro enseguida, soy supersticiosa, las coincidencias mortuorias me agarran.

74. Los siete pecados capitales

Lujuria, la noche de ayer. Ira, la trompada a mi jefe. Envidia, el idiota del departamento de arriba se compró un maldito auto convertible. Avaricia, que trabaje ella, si quiere comprarse algo. Pereza, un sábado a la mañana no la acompañe ni a la esquina. Gula, el asado del domingo pasado fue mortal. Soberbia, no, esa no.

75. Terror en tres actos

El tren se detiene, se corta la luz y se escuchan disparos.

76. Binomio fantástico

Estoy sentada en el extremo izquierdo del asiento, con la cabeza apoyada en el travesaño lateral. Los ojos se me cierran por momentos, me aferro a la mochila sobre mis piernas por si me duermo. Dentro del túnel la luz parpadea un instante y aparecen los clones, mis ojos se abren desmesurados, todos tienen un gemelo a su lado. “No puedes más del sueño”, me dice mi réplica, sentada a mi derecha, “no vuelvas a quedarte hasta tan tarde viendo series”.

77. Algo importante que decir

Enfrente de mí, una mujer mayor regaña a una nena de ocho años por no estar sentada correctamente. “A él no le decís nada”, dice la niña señalando a un nene de su misma edad que juega con una figura de Superman arrodillado en el asiento. “Pero vos sos una señorita, tenés que comportarte como tal”, la alecciona la abuela. “No es justo”, contesta la nena sentándose recta contra el asiento, pero con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de fastidio en el rostro.

78. Sueños rotos

Viajar a la oficina todos los días es algo mecánico, no me hace falta mirar hacia donde camino, mi cuerpo se mueve solo hasta sentarse en el vagón del subte o mantenerse inerte aferrado a la manivela haciendo equilibrio. Todas las mañanas la misma mujer subía en el mismo vagón, siempre pegada a su teléfono, hablando por auriculares, discutiendo. Tenía algo mágico, que me hacía querer invitarla a tomar un café. Hoy hace un año que no la veo. He dibujado su rostro en un cuaderno, desde entonces, cada noche.

79. Obligada a huir

Es de noche. Viajo hacia Retiro, para tomarme un tren que me lleve lejos. Mi apariencia es otra: con el pelo corto y rojo, recién cortado y teñido, con lentes de contacto de color verde, que alguna vez use para una fiesta de disfraces. Me voy para no volver, obligada a renunciar a todo. Cinco horas atrás volvía a casa desde el jardín, con los besos de mis alummitos aún en las mejillas. Caminaba por la calle, un hombre se me acercó apoyando una pistola en mi espalda y me llevó hasta una cortada. No quiso mi cartera, sino bajarme los pantalones contra la pared. Se distrajo mientras disfrutaba. Lo golpee, tomé el arma y disparé.

80. Extranjera de clase

Estoy sentada, aburrida, con el apuro de que era tarde olvidé poner el libro que estoy leyendo en la cartera. Así que sólo miro alrededor. Una pareja entra en la estación y se quedan parados delante de mí. Él viste un traje gris, ella pollera tubo y chaqueta, con zapatos stilletos y una cartera con chapita de “Louis Vuitton”. Intento escuchar lo que hablan, pero, aunque distingo las palabras, no las conozco. Es mi idioma, pero no lo entiendo.

81. Urbanidad vs. Naturaleza

Levanto la vista y contemplo el techo de cemento del andén. Recuerdo que cuando era chica vivía en el campo, los kilómetros de caminata hasta la escuela, las arduas tareas y los temidos ruidos nocturnos. El paraíso de levantar la vista y contemplar el sol, las nubes, las estrellas, la luna... el cemento.

82. Cambio de opinión

Entro al vagón contestando mensajes de WhatsApp. Hace meses que organizo esa reunión de trabajo, que podría representar un ascenso. Las puertas se abren en la estación Avenida de Mayo, debería bajarme ahí, pero no lo hago. Sigo de largo hasta Retiro.

83. Cobardía

Bajo del vagón, ese era el último tren del domingo. Camino por el andén hasta el otro extremo. Cuando rodeo las escaleras fijas para subir por las mecánicas veo a un hombre, de mi edad, golpeando a una mujer. Veo su sangre en el rostro y vuelvo sobre mis pasos, subo de a uno los peldaños, las boleterías están cerradas, no hay policías ni personal a la vista, salgo a la calle y camino hasta mi casa.

84. Elección de vida

Son las siete de la mañana y estoy bajando las escaleras del subte. A esta hora hay poca gente. Llegaré a las siete treinta y esperaré una hora y media, leyendo en el bar de la esquina, a que abra la oficina. Piso las baldosas del andén que se van transformando en piedras, dibujando un camino en medio de un lago, con peces de colores nadando.

85. No es fácil ser superhéroe

Pido permiso y empujo, no es posible de otro modo. Me abro paso hasta la puerta, salgo, el anciano baja detrás de mí. Me vuelvo a subir recibiendo todos los insultos.

86. Pedir perdón

Mientras viajo, miro el teléfono, ya le mandé más de cincuenta mensajes de WhatsApp. Las tildes están marcadas de azul, pero no me respondió ni una palabra ni un emoji. Las llamadas entran al contestador. Llamo una vez más, “el buzón de voz está lleno”.

87. Un hombre enamorado

Me aflojo el nudo de la corbata, y en cada estación, al abrirse las puertas metálicas, mujeres en lencería me llaman con señas, pero ella no está en el andén. No hay nada que mirar.

88. El significado de la vida

Viajo parado, recostando la cabeza sobre el brazo extendido. Miro hacia afuera a través del vidrio abierto. El tren llega a la siguiente estación y distingo un bulto oscuro colgando de la parte superior de marco de metal de la ventana. Comienza a moverse, algo se desliza desde el interior del capullo. Segundos después, la mariposa abre sus alas frente a mí.

89. Ser valiente

Entro al vagón con la guitarra colgada en la espalda dentro de su funda. El cuerpo me tiembla por dentro, tengo todos los músculos agarrotados. Detesto que la gente me mire, pero abro la funda, la dejé a un lado en el piso, entreabierto al alcance de quien quiera colaborar, y comienzo a tocar, contra mi voluntad.

90. Más allá del final

Aferro el extremo de la cinta roja, recorro de una punta a la otra los seis vagones. La cinta continúa dentro del túnel, bajo y camino por los rieles sin importar el riesgo.

91. Renegar del presente

“Milenial”, “centennial”, “generación...” anda a saber. “SEO”, “tráfico”, “conversión”, pienso mientras el vagón retrocede el tiempo para dejarme en mi rancho ordeñando las vacas.

92. La gente se va

Subo en la primera estación, me quedo parado cerca de la puerta. Cada vez que el tren se detiene alguien baja y, antes de irse, me arranca un pedazo de carne.

93. Cruel realidad

“Lapiceras... chica, chico”, repite la mujer sentada en el piso al pie de la escalera mecánica. Todos los días, a la misma hora, la veo allí. Escucho su cántico y evito mirarla a los ojos. Un mes atrás cargaba con un bebé prematuro pegado a sus pechos, succionando de donde no había que succionar.

94. Alguien deja de dar los buenos días

Voy bajando por la escalera mecánica. Todo está en silencio, algo inusual, a esa hora siempre me encuentro a un señor mayor, sentado en un banquito, cantando tangos en el andén. De pronto por los altoparlantes una voz de mujer pide: “Personal policial y de seguridad dirigirse al andén de la estación Juan Manuel de Rosas”.

95. Resignación

El tren está por llegar a la última estación. El colegio está a tres cuadras y en media hora llegarán los alumnos. La clase de hoy es sobre Perséfone, la primavera encadenada al submundo, Hades jamás la dejará marchar. Saco un espejo de la cartera y me retoco el maquillaje, soy una experta en cubrir las marcas.

96. Sobrevivir

Por el parlante se anuncia que es la estación terminal, que es obligatorio descender. Bajo del vagón y me agacho hurgando dentro de mi bolso. El maquinista recorre el andén para corroborar que no haya quedado nadie dentro del vehículo. Luego de que vuelve a la cabina de manejo, subo rápido al vagón y me escondo bajo los asientos. Las puertas se cierran y el tren entra a depósito, queda a oscuras hasta que vuelva a iniciar el día.

97. Un final feliz

Camino con el teléfono en la mano, esperando que suene. Una mujer con dos criaturas y el vientre abultado entra en el vagón. Nadie le da el asiento, y el nene de cinco años que tiene las manos cargadas con juguetes cae al piso y empieza a llorar. Me llega el mensaje: “dio negativo”.

98. Siempre apurados

Estoy parada del lado derecho en la escalera mecánica, se escucha la alarma del tren y por la izquierda varias personas bajan a la carrera.

99. Cosas que importan más que otras

Prefiero estar parada, consulto la hora en el celular una y otra vez. Ayer mi jefe me llamó a la oficina. Estaba sentado tras su escritorio de madera con un traje negro y el cigarrillo en la mano. Vi mi legajo arriba de sus papeles. Me habló por una hora, yo dije todo que sí. Prometí ser más responsable y cuidadosa. Vuelvo a mirar la hora, voy a llegar tarde al recital.

Sobre la autora



Jesica Sabrina Canto (Bs. As., 1989), es escritora y crítica literaria.

Estudia la Lic. en Artes de la Escritura, y la Lic. en Crítica de Arte, en la Universidad Nacional de Arte. Anteriormente ha realizado talleres de escritura con Liliana Bodoc, Alberto Laiseca, Federico Falco, Victoria Bayona, Guillermo Belziti, Sebastián Aduriz, Damián Vives, Leo Batic, Lorena Sigliano, entre otros.

Escribe columnas sobre literatura para la revista digital Siete Artes desde el 2018. En las mismas analiza y comenta libros de su elección y que le son dados, realiza entrevistas con autores, editores y otras personas relacionadas al mundo literario.

Otros libros de la autora

El cazador de piratas, la travesía de Elena



¿Qué harías si mataran a las personas que amas?

Tras ser rescatada de un barco pirata, Elena emprenderá la búsqueda de su madre. Pero le será imposible olvidar lo vivido.

“Los piratas seguían torturándola por las noches al cerrar los ojos, le habían quitado todo. Sí, deseaba que murieran. Y deseaba ser testigo de ello.”

Abordo de El cazador, conocerá a hombres dispuestos a dar la vida por mitigar sus culpas y cobrar venganza. Elena tendrá que descubrir cuál es su lugar en el mundo y enfrentar el dolor de un amor prohibido, ganarse el respeto de quienes la rodean, además de hacerle frente a la muerte.

La chica de los libros



Ayelén es secuestrada en las calles de Buenos Aires. Ingenua e indefensa, soportara el encierro dejando vagar su mente por los libros que alguna vez leyó, deseando volver a tenerlos en las manos. Jane nos narra esta historia con poca empatía y solo al final podremos comprender por qué tiene esa mirada.

Entraña del adiós



¿Cómo actuar luego de la pérdida de un ser querido? ¿Qué hacer cuando nos sentimos incapaces de seguir adelante? Los personajes de estos diez relatos, deben encontrar un nuevo sentido a su cotidianidad y tomar una decisión sobre su futuro. La historia y la sociedad están llenas de situaciones dolorosas, algunas de las cuales se plasman en estas páginas.

Datos de contacto

Gracias por leer este libro, te invito a que lo puntúes y dejes un comentario en Amazon. Además puedes seguir a la autora en sus redes sociales donde periódicamente hace sorteos y comparte contenidos literarios de interés.

Página de autor en Amazon: [Clik aquí](#)

E-mail: jesciasabrinacanto@gmail.com

Web: <https://jesciasabrinacanto.wixsite.com/sitio>

Facebook: [Jesica Sabrina Canto](#)

Instagram: [Jesica Sabrina Canto](#)